



Jacques Barzun

Del **AMANECER**
a la **DECADENCIA**

Quinientos años de vida cultural en Occidente
(De 1500 a nuestros días)

taurus



JACQUES BARZUN

DEL AMANECER
A LA DECADENCIA

500 AÑOS DE VIDA CULTURAL
EN OCCIDENTE
(DE 1500 A NUESTROS DÍAS)

Traducción de Jesús Cuéllar
y Eva Rodríguez Halffter

taurus historia


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A TODO AQUEL QUE PUEDA INTERESAR

NOTA DEL AUTOR

No hay más que dirigir la vista a los números para saber que el s. XX ha llegado a su fin. Pero hace falta una mirada más ancha y más profunda para ver que la cultura occidental de los últimos 500 años está finalizando al mismo tiempo. Convencido de que es así, he considerado que éste es el momento oportuno para hacer repaso de la secuencia de grandes logros y lamentables fracasos de nuestro medio milenio.

Este quehacer me ha dado también oportunidad para describir como testigo ocular, pensando en cualquier posteridad interesada, algunos aspectos de la presente decadencia que pudieran haber pasado inadvertidos, y mostrar su relación con otros generalmente reconocidos. Pero predomina lo grato y lo positivo: este libro es para personas que gusten de leer sobre arte y pensamiento, costumbres, moral y religión, y sobre el entorno social en que se han desarrollado y se desarrollan estas actividades. He supuesto que esta clase de lector prefiere un discurso selectivo y crítico antes que neutral y enciclopédico. Y conjeturando otra vez sobre sus preferencias, he intentado escribir como si hablara, con un mínimo toque de pedantería aquí y allá para demostrar que entiendo los gustos modernos.

Debido a que el plan de este trabajo es nuevo, y por ello distinto a otras historias excelentes que podría mencionar, se ha atendido con especial esmero al orden de las partes. En la historia cultural los vínculos son de importancia esencial, porque la cultura es una urdimbre de muchas hebras; ninguna se ha hilado sola, ni se ha interrumpido en una fe-

cha determinada, de una guerra o un régimen determinado. Los acontecimientos de los que suele decirse que marcan alguna novedad en el pensamiento o un cambio de dirección en la cultura son señales enfáticas, no muros fronterizos. He punteado el curso de mi narración con hechos de esta índole, pero las divisiones no dependen de ellas. Más bien los capítulos se sugieren a sí mismos después de haber reconsiderado un pasado determinado para hallar pautas claras en él. Las divisiones de este libro están enmarcadas por cuatro grandes revoluciones —la religiosa, la monárquica, la liberal y la social, separadas entre sí por cien años aproximadamente— cuyos fines y pasiones gobiernan aún nuestro espíritu y nuestra conducta.

En el transcurso de la elaboración de este libro mis amigos y colegas me preguntaban con frecuencia cuánto tiempo había dedicado a su preparación. Mi única respuesta posible era: toda una vida. Mis estudios de diferentes periodos y figuras, que comenzaron a fines de la década de 1920, me fueron desvelando perspectivas inesperadas y me sugirieron conclusiones que divergían de una serie de juicios aceptados. Tras nuevos estudios y la revisión de lo que había publicado, me pareció posible configurar mis deducciones en un relato continuo. En él, como se verá, emergen de la oscuridad figuras que merecen ser conocidas y aparecen nuevos rasgos en otras. Hay ideas conocidas que son reconsideradas, particularmente las ideas hoy en boga sobre el punto del pasado de donde provienen nuestros actuales méritos y dificultades.

Supongo que el lector no siempre se sentirá agradecido. A nadie le gusta que se disputen opiniones arraigadas, y menos aún que le presenten buenas razones a favor de un principio o una política un día vigentes y hoy universalmente condenados; el derecho divino de los reyes o las persecuciones religiosas, por ejemplo. Nuestra época es tan tole-

rante, de mentalidad tan abierta y tan reacia a la violencia y sus ideologías que encontrar una defensa del talante del s. XVI o el XVII no puede por menos que afrentar a los justos. Pero sin exponerme a este disgusto, no estaría completo el entendimiento de nuestros modernos pensamiento y virtudes.

No es que yo esté a favor de los soberanos o de las persecuciones, o de cualquier otro mal supuestamente superado. Cito estos ejemplos para dar a entender que no he considerado prejuicios actuales. Me basta con atender a los míos, dado que aspiro al distanciamiento y la empatía del historiador. Porque si, como dijo Ranke, todo periodo está justificado a ojos de Dios, merece al menos alguna simpatía a ojos del Hombre[*].

La pretensión de distanciamiento no tiene por qué plantear la cuestión de la objetividad. Es inútil pérdida de tiempo señalar que todo observador es en cierto modo parcial. No se sigue de ello que no sea posible guardarse de esta parcialidad, ni que toda parcialidad deforme por igual, o que una parcialidad contenida sea tan perniciosa como la propaganda. Al tratar sobre las artes, por ejemplo, estás siendo «objetivo» cuando detectas tus propios puntos ciegos, primer paso hacia el distanciamiento. El segundo es abstenerse de menospreciar aquello que no nos conmueve. Uno tiene, por ello, el deber de hablar sobre los juicios bien informados de los demás.

Puesto que ciertos acontecimientos y figuras de nuestro prolongado pasado se me antojan diferentes de como han parecido anteriormente, en ocasiones he de hablar en nombre propio y ofrecer razones que justifiquen la herejía. Sólo me cabe esperar que este sentido de mi responsabilidad no tiene a algún crítico a calificar este trabajo de «libro muy personal». Yo les preguntaría ¿qué libro cuya lectura merezca la pena no lo es? Si Henry Adams fuera un remedo de Gibbon, no apreciaríamos mucho el pastiche.

Sobre esta cuestión de la personalidad, William James concluía después de meditarlo que los filósofos no nos dan

transcripciones sino visiones del mundo. De modo similar, los historiadores dan visiones del pasado. Las buenas no son simplemente plausibles; descansan sobre una base sólida de hechos que nadie disputa. En los hechos no hay nada personal, pero sí lo hay en la elección y asociación de los mismos. Es mediante esta formación de pautas y el significado que se les adscribe como se transmite dicha visión. Y esto es, en todo caso, lo que cada historiador añade al conocimiento general. Si leemos a más de un historiador hay bastantes probabilidades de que nos aproximemos cada vez más a la verdadera complejidad de los hechos. El que desee una versión absoluta de lo sucedido tiene que acceder a la mente de Dios.

Hablando de significados, debo añadir unas palabras sobre los recursos y símbolos utilizados en este texto; y para empezar, sobre la función de las citas que aparecen en los márgenes. Tienen la finalidad de ofrecer «el ser y voz verdaderos» de los personajes del drama histórico. En cuanto a su forma, estos fragmentos recuerdan a los conocidos «recuadros» de las revistas: frases extraídas del artículo para atraer al lector. En este libro no son «recuadros» sino «inserciones». Su introducción sin preámbulo contribuye a abreviar el texto al prescindir del habitual: «Como escribió Erasmo a Enrique VIII...», «Como dijo Mark Twain sobre Juana de Arco...», después de lo cual son necesarias más palabras para cerrar el inciso. Esta pequeña innovación permite además la yuxtaposición con objeto de contrastar o resaltar. Al finalizar, el lector acaso descubra que le han invitado a una antología de bocados selectos.

Igualmente en pro de la brevedad, utilizo la fórmula s. XVI, s. XIX, y así sucesivamente, para reconocer los siglos con rapidez. Las indicaciones *principios*, *mediados*, *fin*, unidas a ellos especifican las épocas con mayor exactitud. Se han reducido al mínimo las fechas de dígitos múltiples, porque las personas, las obras y los acontecimientos no modifican la cultura en el instante en que aparecen en ella. El lector que busque límites precisos para las vidas de los creadores de

cultura encontrará las fechas de nacimiento y muerte junto a sus nombres en el índice onomástico.

Otro recurso que exige comentario es mi uso de los TEMAS, es decir, ideas o finalidades que veo repetirse a lo largo de una época. Las ideas se expresan, las finalidades están implícitas en el hecho o la tendencia que describo. Hablaré más sobre el carácter y alcance de los temas en una página posterior.

Para tener en cuenta las aportaciones de otros autores, de vez en cuando he insertado: «El libro que hay que leer es...» éste o aquél. Éstos son casi invariablemente libros breves. Cuando la frase es: «El libro a consultar es...», indica una obra más larga que merece la pena explorar. Estas referencias me parecen más útiles que la acostumbrada lista de «otros títulos» al final del libro. Una cantidad considerable de estas citas pertenecen a libros que no son de fecha reciente, lo cual no los hace menos informativos o de lectura menos amena. Es una falsa analogía con la ciencia la que nos induce a pensar que lo último es lo mejor. No se han añadido más notas de autor al pie que la de la página anterior. Las referencias a fuentes (cuando sean necesarias) se encuentran en las notas al final del libro y tienen la marca (°) en el texto.

Aunque al modo habitual de los autores hablo posesivamente de lo que este libro contiene, es en verdad producto de una inmensa colaboración. Cuando pienso en todo lo que he recogido de otros pensamientos durante mi prolongada estadía, en lo que debo a lecturas, a mis profesores, a conversaciones con estudiantes, colegas, amigos y desconocidos; a viajar, a los artistas que han ejercitado mi intelecto y deleitado mi alma desde la infancia, me siento abrumado por las dimensiones de mi deuda. Enumerar la lista de todos estos ayudantes vendría a ser como una guía de telé-

fonos, pero una vez y otra, mientras escribía, tenía vivamente presente mi gratitud.

La suerte ha asistido también a esta empresa: la familia, el tiempo y el lugar de nacimiento dieron forma y dirección al esfuerzo; el insomnio y la longevidad —puros accidentes— contribuyeron a cristalizar ideas fugaces gracias a su obsesiva reaparición. El estudiante de historia de la cultura es la última persona a quien cabe creer que es autodidacto o padre único de su idea más original. Citando a William James: «Todo pensamiento y todo acto debe su carácter a los actos de tus hermanos muertos y vivos». James se dedicó a sí mismo este recordatorio; define tanto la situación del autor sincero como el principio que informa una obra de historia.

PRÓLOGO

DE ALGUNAS CUESTIONES DE ACTUALIDAD AL TEMA DE ESTE LIBRO

Al leer «nuestro pasado» o «nuestra cultura» el lector tiene derecho a preguntar: «¿Quiénes somos *nosotros*?». Eso es algo que debe decidir cada cual. Es señal de la confusión actual que nadie sepa qué individuos o grupos creen formar parte de la evolución que describen estas páginas.

Esta situación tiene su origen en esa misma evolución. Nuestra cultura se encuentra en esa fase recurrente en que, por buenas razones, muchos sienten necesidad de construir un muro frente al pasado. Hay en ello una repugnancia hacia cosas del presente que nos parecen una maldición de nuestros antepasados. Otros atacan o dejan de lado determinados periodos. En este último talante, la ascendencia nacional, religiosa o cultural se convierte en una cuestión de preferencia; los que sienten esta necesidad «buscan raíces» donde mejor les parece. Los depósitos de tradiciones y credos ofrecen una auténtica superabundancia, porque la cultura es vieja y está deshaciéndose.

Esta pasión por disociarse explica también por qué hay tantas personas convencidas de que hay que denunciar a Occidente. Pero no nos dicen qué debe o puede sustituirlo entendido como un todo. En cualquier caso, la idea de cultura occidental como un bloque sólido con un solo significado es contraria a los hechos. Occidente ha sido una interminable secuencia de opuestos: en religión, en política, en

arte, en moral y costumbres, la mayoría de los cuales perviven más allá de su primer momento de conflicto. La condena no libera al ser de lo que aborrece, igual que ignorar el pasado no anula su influencia. Observemos al joven que camina por la calle con los oídos conectados a una radio portátil: está ligado a las vidas de Marconi y del compositor que escucha. El visitante de un museo que contempla un Rembrandt está recibiendo mensajes del s. XVII. Y el ardiente partidario de Martin Luther King podría detenerse a pensar en los nombres de pila de su líder, que evocan ideas de la Reforma protestante y ligan el s. XX al XVI.

En el plano laboral, cualquiera que disfrute de alguna forma de seguridad social aquí o en otro país es beneficiario de un largo linaje de teóricos y activistas en el cual encontramos figuras tan dispares como Florence Nightingale, el conde de Saint-Simon, Bismarck y Bernard Shaw. El refugiado político que considera el país que le acoge evidentemente más grato que aquel del cual huyó, puede ya respirar tranquilo gracias a los heroicos esfuerzos de miles de pensadores y personas de acción, famosos y oscuros, mártires o tipos corrientes, que han batallado por la causa de la libertad política; si bien muchas veces enfrentados como enemigos en este empeño.

Si el ciudadano de nuevo cuño resulta crítico de su país de adopción, atacando políticas y políticos con impunidad, está disfrutando de este pasatiempo privilegiado gracias a personas como Voltaire, que tuvo también que cruzar fronteras para evitar ser perseguido y seguir manifestando su desacuerdo. Hasta el terrorista que conduce un coche cargado de dinamita contra un edificio en algún país odiado forma parte de lo que quiere destruir: su arma es producto de Alfred Nobel y de los inventores del motor de combustión interna. Su causa misma la adoptaron antes algunos defensores de la autodeterminación nacional como el presidente Wilson y racionalizadores de la violencia como Georges Sorel y Bakunin, el anarquista ruso.

La humanidad no hace nada si no es a través de las iniciativas de los inventores, grandes o pequeños, y la imitación de todos los demás. Son personas individuales las que abren caminos, fijan pautas. La rivalidad entre estas pautas es la historia del mundo.

—WILLIAM JAMES (1908)^o

Ver estas conexiones significa ver también que los frutos de la cultura occidental —los derechos humanos, la seguridad social, las máquinas— no han brotado del suelo como la hierba; son obra de innumerables manos y cabezas.

He citado nombres famosos, pero éstos tuvieron predecesores hoy olvidados, y después seguidores que se empeñaron en una idea hasta que al fin cobró realidad por el consentimiento de la multitud. La fuerza de supervivencia de estos hechos es lo que significa el pasado vivo; ello forma la sustancia de lo que ahora se llama «la cultura».

Cultura; ¡qué palabra! Hasta hace pocos años significaba dos o tres cosas relacionadas entre sí fácilmente comprensibles y diferenciables. Hoy es un componente de una jerga multiuso que abarca un batiburrillo de cosas que se superponen entre sí. La gente habla y escribe sobre la cultura de prácticamente cualquier sector de la sociedad: de la contracultura, para empezar, y de múltiples subculturas: culturas étnicas, cultura de la empresa, cultura juvenil y cultura popular. Un editorial de *The New York Times* habla de la cultura del departamento de policía de esta ciudad^o, y en un artículo de la sección de viajes se distingue entre la cultura del viaje en avión y del viaje en autobús^o. En paralelo con todas éstas, recordemos la división entre las «dos culturas», las ciencias y las humanidades, que es deplorable —como el «choque cultural» entre marido y mujer que es causa de divorcio—. Los artistas sienten la atracción —no el deber— de entrar en una cultura adversaria; porque el artista es por naturaleza «enemigo de su cultura», como es también (en otra página de la misma revista académica) «producto de su cultura». En educación, la última moda es el multiculturalismo, y en espectáculos siempre merecen los máximos elo-

gios los «actos interculturales». En el panorama mundial, los expertos nos previenen sobre las guerras de cultura que están fermentando°.

En el fondo de este amontonamiento apenas sobrevive «cultura» con el significado de un espíritu bien formado. Recientemente, cuatro mil datos culturales en forma de diccionario° han entrado en nuestro cuarto de estar, pero cabe dudar de que esta bonanza vaya a cultivar por sí sola el pensamiento en barbecho, apartándolo de sus intereses cotidianos y limpiándolo de provincianismo. Un hombre sabio ha dicho: «Cultura es lo que queda cuando has olvidado todo lo que definitivamente quisiste aprender°». ¿Por qué ha perdido la cultura en este sentido —una simple metáfora inspirada en la agri-cultura— su autoridad y se ha cargado de significados para los que había ya palabras muy buenas? Estas mini-culturas creadas de improviso son evidentemente ficticias. Pero expresan también ese separatismo ya mencionado, que surge de un roce excesivo con un número excesivo de personas: las constricciones son constantes, porque el desconocido, la máquina, el poder del burócrata, imponen su voluntad. De ahí el deseo de arrebujarse en pequeños grupos de afinidad.

La esperanza de consuelo es utópica, porque estos grupos no son independientes. Su «cultura» está formada solamente por costumbres y tradiciones locales, hábitos individuales o institucionales, modales y prejuicios de clase, lengua o dialecto, crianza o profesión, credo, actitudes, usos, modas y supersticiones o, en lo más particular, por temperamento. Si buscamos una palabra para las diversas asociaciones de esta clase de elementos, tenemos *ethos*. La prensa —por no hablar de los medios—, con su afición a palabras nuevas sacadas del griego, podría extender su uso rápidamente.

¿Pero cuál es el contenido de la cultura en su sentido más ambicioso? Al trazar un perfil ancho de la evolución del arte, la ciencia, la religión, la filosofía y el pensamiento social durante los últimos 500 años, espero demostrar que durante este tiempo los pueblos de Occidente han ofrecido al mundo un conjunto de ideas e instituciones que no existían en épocas anteriores ni en lugar alguno. Como ya se apuntó, ha habido en ello una unidad combinada con una enorme diversidad. Con préstamos numerosos de otras tierras, prosperando en la disconformidad y la originalidad, Occidente ha sido la civilización mestiza por excelencia. Pero, no obstante la disparidad y el conflicto, ha perseguido unos fines característicos —en eso consiste su unidad— y ahora dichos fines, llevados hasta sus últimas consecuencias, están produciendo su desaparición. Su final se advierte en el punto muerto de muchos conflictos de nuestro tiempo: entre partidarios y contrarios del nacionalismo, el individualismo, el arte culto, la moral estricta y las creencias religiosas.

El individuo, ya en toda la extensión de la palabra, esgrime una panoplia de derechos, incluido el derecho de hacer «lo suyo» sin impedimentos de la autoridad. Y todo lo que está vivo es sujeto de todos los derechos: inmigrantes ilegales, escolares, criminales, bebés, plantas y animales. Esta independencia universal, lograda después de muchas batallas, es un rasgo distintivo de Occidente. La EMANCIPACIÓN es uno de los temas culturales de esta era, acaso el más característico de todos. Y, como es natural, exige cada vez más limitaciones para impedir que mi derecho vulnere el tuyo.

Un tema paralelo es el de PRIMITIVISMO. El anhelo de despojarse de la compleja organización de una cultura avanzada reaparece una y otra vez. Es uno de los motivos primordiales de la Reforma protestante, y resurge como culto al Buen Salvaje mucho antes de Rousseau, su presunto inventor. El salvaje, con sus sencillas creencias, es sano, profundamente moral, sereno, y un ser más digno que el hombre